

Él y Ella

La melodía resonó por la esbelta escalera de caracol. Flotó en el aire subiendo lentamente, a su ritmo, hasta lo alto del torreón. Y al llegar inundó la estancia, que casi a oscuras pues la chimenea ya se apagaba, ocultaba a un viejo Rey, dueño y señor de la tierras colindantes. Ni desde lo alto de aquella torre, negra como la roca que la levantaba tantísimos metros sobre el suelo, se podía ver el lejano horizonte donde terminaban sus tierras. Un árido desierto, en que la niebla lo abriga todo y duras tormentas lo azotan a menudo. Inhóspita tierra hace largo conquistada, y devastada. Ahora, algunas ciudades quedaban desperdigadas, perdidas en el inmenso desierto, pero todas sometidos por el soberano.

La melodía resonó por la oscura estancia, en lo alto del torreón, y el viejo Rey se despertó de su mala pesadilla. Esa canción la conocía bien... Abrió los ojos, y no pudo evitar asomarse a la ventana sobre su lecho. Desde allí miró a lejos. Aquella noche era clara, y las estrellas lucían en lo alto. Y allá, lejana y preciosa, como siempre, la luna, menguando tal vez por miedo a lo que veía en el desierto. Las noches así, tan tan hermosas, no eran usuales allí, en aquel confín del Mundo, y la creencia popular era que traían malos presagios, mala suerte.

El Rey agarró fuertemente la repisa de la ventana, parecía que iba a lanzarse. En algún lugar estaba Ella. Maldita traicionera aspiradora a su misma corona. Desde milenios atrás, nadie sabe cuándo, que duraban las guerras por el trono. El Rey lo hubo logrado, a su parecer, legítimamente, pero Ella, su propia hija, y los que en ella creían, que era lo más duro, exigían su destitución. Muchísimo tiempo atrás, cuando los elfos llegaron a aquella tierra, exiliados de Eleanor, formaron un consejo que decidía sobre el tremendo territorio conquistado. Mucho costó formar tan vasto imperio, y cuando se hubo unificado, se decidió votar por un legítimo soberano. Los que formaban el consejo votaron, dos fueron los principales candidatos: Él y Ella. El consejo lo nombró a Él Rey y Señor del Imperio, y los demás gobernarían diferentes porciones de sus tierras, como regidores bajo su mando.

Pero Ella no se conformó. Desde el principio que creyó que la votación había estado amañada. Muchos fueron los que entonces la apoyaron, pero el tiempo fue pasando, y el Rey dominó hasta hoy en aquella tierra. Todo ese largo tiempo, milenios en que nacerían millares de generaciones de hombres, Ella estuvo ahí escondida, aguardando a la caída del Rey, conspirando.

Él lo sabía pero no podía hacer nada. Hasta el consejo la hubo expulsado, pero ella continuó oculta en las tierras que regía, ahora por la fuerza.

Aquella noche Ella debía estar mirándole desde tan lejos, mirando hacia ese negro torreón donde el Rey se sentaba en su trono cada día, a gobernar. El sentimiento de odio que le albergaba era tal, que ni Él podía imaginarlo. Habría sido imposible. Tantísimo tiempo de esperar y conspirar desde un escondrijo. Era tan malvada, que habría arrasado con tantos se interpusieran en conseguirlo, en conseguir ese trono, esa corona, y ese torreón alto y negro.

La melodía continuó resonando aquella clara noche, había subido por el torreón desde estancias más bajas, y desde allí, salió al desierto y se perdió en la noche. Incluso a miles de leguas se escuchó la melodía salida del torreón del Rey. Y el vasto Imperio se regocijó con ella, con su suave flotar en el aire...